

## PRÓLOGO

**CIERTOS** visitantes prefieren abandonar la tranquila rutina e internarse en una dolorosa geografía: en el camino de las cárceles, los hospitales, los manicomios, los orfanatorios, los asilos para ancianos, errantes y marginados: porque desean conocer, con inmediato, indispensable contacto, la verdadera, radical, profunda idea que la comunidad tiene del ser humano; pero no, por cierto, de un hombre cualquiera, que podría ser el poderoso, el heredero o el sano, sino del individuo dejado a su simple y sola condición de hombre: el puro hombre, sin otra razón que le proteja: en fin, el hombre desnudo.

Hay entre nosotros un diverso amparo que envuelve y acompaña a cada sujeto, que le rodea, escuda y rescata: es esa dosis variable de poder que cada quien ostenta, cualquiera que sea su fuente, y con la que cubre soledad y desnudez y avanza, de alguna manera armado, su propio trecho de vida. Pero hay otros que nada tienen que les guarde, que han de afrontar la existencia a pecho descubierto: son éstos los que hoy nos interesan, y entre todos, en medio de esta vasta familia de débiles y de famélicos, de simples seres humanos, los "más pobres entre los pobres", los derrotados: los prisioneros.

Los otros débiles han perdido batallas informales contra el tiempo, la salud, el azar o la esperanza. Tienen también, es cierto, la calidad de vencidos, pero en todo caso su título es tenue, a veces precario y siempre oficioso. No ocurre lo mismo con el preso: él es algo más —que en el fondo le hace mucho, pero mucho menos—: es el enemigo vencido en un combate formal, solemne, litúrgico, contra la entera sociedad. Así consta en la crónica de la lucha abrumadora: que la nación debidamente articulada, la comunidad, el rey, la república o el Estado han vencido a ese hombre en ejercicio de una detallada estrategia judicial, y le han reducido por cierto tiempo, acaso por el que le resta de vida, a la condición de prisionero. Se trata, pues, de un miserable oficial, de un enemigo diplomado.

De ahí que diga tanto sobre una sociedad la suerte de sus prisioneros. En más de un sentido exponen las cárceles grandezas y miserias: tras de nuestras prisiones bulliciosas, pletóricas, lo mismo que tras las severas fortalezas nórdicas, erizadas de mecanismos opresivos, se advierten los conceptos corrientes y verdaderos de humanidad y de fraternidad: los conceptos genuinos, sin otro propósito, sin equívoco, sin ulterior designio, que rigen el trato de la gran sociedad con el hombre desnudo.

Para afrontar estas tareas ha surgido lentamente la nueva profesión penitenciaria. No están sus antecedentes, por supuesto, en

el custodio brutal de las prisiones antiguas, y ni siquiera ha tomado su origen fundamental entre cultivadores del Derecho. La profesión penitenciaria es la alianza de la filantropía de los viejos visitantes de cárceles, del “amigo de los prisioneros”, con la ciencia hecha afanosamente, dentro de un inicial empeño antropológico, entre los muros de los reclusorios. El penitenciarismo, así, ha brotado con singular espontaneidad de ese difícil concierto: es síntesis de cuidado humano, de desvelo cordial, solidario, con esfuerzo médico, antropológico, psicológico, sociológico. Es, por ello, más que una pura técnica: es una genuina “profesión de personalidad”; en ella cuentan, al parejo, el pensamiento, el sentimiento y la voluntad; no sólo lo saben los penitenciaristas: además, así lo perciben los prisioneros. Hay en éstos, como en el paciente frente al médico, una casi instintiva discriminación entre el penitenciarista profesional, que despierta la subterránea simpatía, y el áspero improvisado, que de algún modo prolonga al perseguidor y es, por lo mismo, el enemigo.

Ciertamente no es el penitenciarismo, ni quiere serlo, quehacer de gabinete o de salones, ni brinda oportunidad de enriquecimiento ni confiere a quien lo profesa especial prestigio o extendida fama. Es, en este sentido, un oscuro desempeño, tan oscuro como la materia prima sobre la que se vuelca: porque se trabaja en el mismo almacén de la patología, el abandono y la tristeza, y a veces su ejercicio se paga con la vida: así ocurrió en el principio de estas cosas, en aquella olvidada prisión de Crimea.

El penitenciarismo es, además de una profesión de personalidad, una típica profesión de piedad: lleva al alto plano de la dedicación vital el acto de misericordia; transforma la más difícil solidaridad —la que nos une con el enemigo social, no por su título formal de enemigo, sino por su profunda sustancia humana— en razón cotidiana de la existencia. Nada de esto abona, sin embargo, sino más bien lo reprocha y repudia, el súbito entusiasmo, la atención espasmódica, la asistemática dación de una limosna.

El régimen penitenciario procura hoy el rescate de los prisioneros. Ellos han movido galeras que hicieron guerras y progresos en todos los mares, han secado pantanos y saneado zonas insalubres, han abierto a la colonización tierras que parecieron imposibles, han prestado su cuerpo y su angustia a prolijos experimentos científicos, han visto o adivinado pasar jornadas innumerables desde ignorados calabozos, han explorado minas, erigido sorprendentes edificios y tendido puentes y carreteras; ellos, como especie, han ganado con una faena de siglos el derecho al rescate, que es, en otros términos, un derecho a la vida. Por eso la prisión moderna —que aguarda el relevo en la historia de las penas: la suya se halla casi agotada— sólo posee sentido y exhibe justicia en la medida en que hace posible, para ahora y

para después, la vida, no en la medida en que la enerva y trastorna, en que la desquicia y aniquila.

Sin embargo, la cárcel, hoy, es sólo una modesta oportunidad de adaptación mínima. Pedirle más es solicitar demasiado y, por ello, incurrir en una exigencia insensata. Sólo es capaz de generar respeto por las instituciones: subjetivamente, individuos que no delincan, pero no, necesariamente, hombres de excepción, sabios, héroes y santos, mejores que quienes nunca estuvieron prisioneros. Esto no lo puede dar la cárcel, de ahí que su misión sea menor: ajuste jurídico, subordinación normativa, sí, pero no heroísmo moral. Los peldaños superiores se escalan en instituciones diferentes: la familia, la escuela, la iglesia, la sociedad política deben dar lo que la cárcel es incapaz de producir; ésta opera, como simple factor de ajuste, sólo cuando aquéllas fracasan dramáticamente, porque para que actúe no basta con una mediana deficiencia, con un fracaso a medias.

Dos son, tal vez, los mayores obstáculos con que la prisión tropieza en su carrera por convertirse en un órgano de dimensión humana, en un promotor de humanidad: la constante, indeseable, irritante compañía, la irrevocable compañía de los colegas de cautiverio (pero no preconizamos en modo alguno el retorno a la célula, camino que sería de vuelta a la locura), y la depresiva soledad espiritual, que minuto a minuto envuelve y erosiona al prisionero. Aquella grave contigüidad se combate con individualización y clasificación, que siguen siendo los ideales de la penología penitenciaria, como lo son del penalismo científico. Y ésta, la soledad, se alivia con la subversión de la cárcel —de la que en este volumen hablaremos—, con la llana y simple paradoja: el ingreso del mundo libre en la prisión y el egreso pausado del prisionero. No es posible insistir en el aislamiento minucioso del cautivo. Ahora pensamos en esos dispositivos sádicos urdidos por la intolerancia de puritanos que nada sabían sobre el ser humano: en las rejillas que apenas permiten pasar el sonido de una voz o tocarse las yemas de los dedos, o en las barreras de vidrio y acero que sólo autorizan el tránsito de la mirada, o en la presencia intimidante del guardián que inhibe el limpio, suave curso del afecto.

Por todo, pues, este libro quiere ser una nueva aproximación a la existencia del hombre desnudo, del derrotado formal que es el prisionero; pero también a la vida del penitenciarista profesional, que ejerce de consuno la ciencia y la piedad en la sombra; y, más allá, en la tierra de la intimidad, a la experiencia de un penitenciarista que hace tiempo conocí y que hubo de compartir con sus amigos los presos, en una aventura prolongada, el silencio y la soledad de la prisión.

SERGIO GARCÍA RAMÍREZ